

2

MUERTE ARRASTRADA  
DE JOAQUIN MURAT,

GRAN DUQUE DE BERG,

EN EL RETNO DE NÁPOLES,



Quien mal vive, mal acaba, dicen los tios de mi lugar; y es una sentencia que los predicadores desde el pulpito dicen, la pronunció Jesucristo en el Evangelio quando dixo, como ha sido su vida, tal será su fin. Y esto se ha verificado en el impio Murat: Su conducta, caracterizada con los mayores desórdenes, sacrilegios y abominaciones, no pudo menos de conducirle á la mas arrastrada y afrentosa muerte. ¿Y como podria tener otro fin? Habiendo concitado contra sí por su sanguinaria condicion, el odio de todas las naciones; aun quando estas, con las amenazas y la fuerza contuyiesen sus ímpetus vengativos, luego que encontrasen algun portillo abierto para libertarse; ¿darian otro obsequio á la inhumanidad de Murat, que el intentar su total exterminio con el modo mas inhumano? No por cierto. Engreido con verse elevado por la fortuna desde el estado de Marmiton de cocina, Peluquero, y ayuda de Cámara, á ser testa coronada, cuyo Reyno consiguió por el pérfido Napoleon, que hallando copiado en Murat un perfecto retrato de su traidor corazon, y de sus ideas infames, al tiempo que le unió á su sangre, dándole por muger á Carolina, hermana suya, le elevó al gran ducado de Berg, para que con el título de Alteza Imperial y Real, fuese reconocido por todos como el mas alto Emperador y Rey de toda la no imaginable ini-

quidad. En efecto, desde esta época al punto se objeta su vida impía, mas es tan sabida que parece cosa ociosa hacer descripción de ella: ¿pero como se podrá aunque de paso omitir lo que es antecedente ó fundamento de la consecuencia de su arrastrada muerte? Omito, si, el acordaros de su orgullo por tantas victorias conseguidas en Prusia, Polonia y Austerlitz: ¿pero como las consiguió? Del mismo modo que hacer su entrada en España y Madrid: mas con la diferencia, que en aquellas partes, aunque fue con engaños y promesas, fue como enemigo; no con el título de amistad; pero en España, ¡que traicion! fue baxo el especioso título de amistad de íntima alianza. ¿Serian pues de admirar sus victorias, conseguidas de este modo? ¿podia concebirse en lo humano que Murat procediese con tanta perfidia con un Reyno vecino y amigo, que no solo habia contribuido á Francia con sus riquezas, con sus tropas, y con toda su armada; sino que estuviese sujeto (gracias á la traicion del infame Godoy) á todos sus desvarios, y cooperando con Napoleon á su ambiciosa política? ¿y á quien no se le hará imposible que en este mismo tiempo que España estaba rindiendo á Francia estos sacrificios, en el mismo intentase Murat apoderarse de este Reyno aliado, conduciendo contra él un inmenso ejército con el pretexto de tener que transitar por medio de él para embarcarse en Cadiz y Cartagena contra el Turco, ó contra Inglaterra? ¿Pudiera, digo, escogitarse tal perfidia como la de, despues de obtenida la licencia del pase, despues de verse favorecidos por el traidor Ministro, con la entrega de las mejores Plazas, y mayores Fortalezas de sus Fronteras, dirigirse á ocupar á Madrid, y á subyugar á sus habitantes? Mas todo esto sería, aunque muy sensible, tolerable, si no nos hubiera arrancado de nuestro seno á nuestro muy amado Señor, y querido Monarca Fernando VII, á sus hermanos, y al Infante Don Antonio: ¿pero de qué modo tan diabólico? Solo Murat pudo disponerlo: valse, no solo de engaños y de fraudes, sino del medio mas sagrado, que es el juramento, asegurando Savary sobre su cabeza la persona de nuestro inocente Rey: ya fingia correos extraordinarios, que decia traian la noticia de que Napoleon habia entrado ya en España, y se dirigia á Madrid; ya que era conveniente saliese alguna persona Real al camino á felicitarle y recibirle; y ya en fin, persuadiendo con engaños al Rey para que saliese en persona á su encuentro, pues sin duda le hallaria una jornada lo mas

distante de la Corte. ¡Que engaño tan perjudicial, pero que bien tramado! A la verdad, qualquiera que viese prevenido en Palacio el alojamiento para Napoleon; poner luminarias en señal de regocijo, por haber entrado en España, y los bandos con que nuestro cándido Rey mandaba el obsequio con que habiamos de recibir à su caro amigo y aliado: ¿ como no tendria por verdadera su venida? Pero ¡oh, perfidia é impiedad de Murat! ni hubo tal venida, ni de tal cosa se acordó Napoleon. ¡Ah, este era un medio de sacar del Reyno á Fernando y toda su Real Familia, como se ha verificado; quedandose Murat por Teniente del Reyno, y los españoles dominados de los franceses. En este estado desgraciado estuvimos; ¡pero quanto aumentó nuestra desgracia ver la crueldad del que nos dominaba! ¡Que muertes tan inocentes, las que se executaron los dias dos, tres y quatro de mayo! Pues sin haber precedido bandos, ni orden alguna, todo español era registrado, y al que los franceses encontraban alguna arma, ó aunque no fuese mas que un corta plumas, sin mas causa, tenia bastante para sufrir la pena de muerte sin apelacion: dexo en fin de decir la multitud de tropas que andaban por las calles, el inmenso número de centinelas que desde las puertas de Madrid se estendian á todo el centro de él; y en suma, todas las particulares vexaciones que en pasaportes, salidas, entradas... de todas habeis sido vosotros testigos, españoles y fieles madrileños: luego bien conoceis la iniqua conducta de Murat; y os parece que aun quando por miedo de que nuestras tropas de las Provincias se acercaban, salió precipitadamente de Madrid, pasó á Francia, y de alli á Nápoles, á ocupar el trono que Josef habia dexado por venir á España; ¿ os parece, digo, que alli se enmendó? No por cierto, antes con mayor despotismo procedió contra sus vasallos. Mas como de resultas del *mas vale tarde que nunca*, esto es, de haber descubierto los españoles las intrigas y embustes de los franceses, que no entendieron las demas Potencias, tienen ya todos abiertos los ojos para sospechar, aun de la palabra mas indiferente del Gobierno frances; no creyeron los napolitanos y calabreses las engañosas proclamas y promesas de Murat, sino que determinaron consultar ellos mismos á su felicidad, quitando de la faz del Universo el monstruo mas abominable.

Pudieron pues, sorprehender la Guardia Imperial; y en un paseo arrebató el Pueblo al gran duque de Berg, y lo

amarra y sujeta con sogas y cordeles: clama el infeliz á voz en grito: traicion, traicion; mas solo encuentra por respuesta la gritería y algazara de los que le llevaban arrastrando por la ciudad: parece habian aprendido bien las lecciones de nuestros Manolos de Madrid con Viguri; en llevarle desnudo por las calles: unos le daban de navajadas, otros con palos, otros con mazos, y aun las mugeres no tenian asco de emporcar sus limpias manos en la sangre de aquel malvado.

En vano se esforzaba su tropa en sacar á Murat de enmedio del pueblo; pues tuvieron llenos de temor que retirarse á los quarteles, y si no hubiera corrido la misma suerte.

Cansados ya de ensangrentarse en aquel cuerpo, arrojaron al mar las pocas reliquias que quedaron, porque á lo menos no les diese mal olor. Así concluyó arrastrado el que tan mal vivió, y ojalá perezcan del mismo modo los que nos avasallan y atropellan.



MADRID MDCCCXIII.

En la imprenta de Agapito Fernandez Figueroa.

CON LICENCIA.